

## Disertación del Dr. Botet

### *Pensamiento y actitudes responsables*

#### I. *El tema y sus dificultades*

Hace cierto tiempo tuve oportunidad de oír la conferencia de incorporación del Dr. Mario Justo López a la Academia de Ciencias. Versó sobre un inquietante fenómeno cuyas diversas denominaciones justificó su título: "Crisis. Cambio. ¿Nueva era?".

Sostuvo que no estamos en una nueva era, sino entre dos edades, en un proceso de discontinuidad histórica. Tras enumerar las ventajas de la moderna tecnología, que abre todas las posibilidades al avance y al retroceso, a la creación y a la destrucción, a la humanización y a la deshumanización", la acusa de amenazar con la incineración termonuclear y con la audaz modificación de las estructuras genéticas, como así también de "convertir a los seres humanos en autómatas, amontonados en inmensos conglomerados, cada vez más alienantes y más degradantes, en un medio ambiente natural deteriorado y contaminado".

Frente a este panorama que la mayoría advierte y cuya evidencia prefiere negar o no enfrentar por temor o impotencia, concluye López: "La actitud que cuadra frente al tremendo desafío a la condición humana, no puede ser otra que la del pensamiento y conducta responsables, que más allá de las vanidades inútiles, de los intereses mezquinos, de las pasiones incontroladas, de las palabras huecas y de las ideologías trasnochadas, sea capaz de tomar razón de la realidad de nuestro tiempo y de realizar un esfuerzo ciclópeo que exigirá su cuota de dolor y sacrificio. No contra la tecnología, sino para colocarla bajo su señorío.

La Academia Nacional de Ciencias planteaba así, por intermedio de su destacado nuevo miembro, un problema científico, cuyos alcances negativos sólo pueden ser neutralizados mediante un pensamiento responsable y una conjunción de actitudes igualmente responsables, de eminente contenido moral y político. Siendo uno de los fines de las Academias Nacionales volcar su potencial de conocimiento en beneficio ge-

neral, considero conveniente que los temas señalados en cada una sean recogidos y tratados por las otras en lo que atañe a sus respectivas competencias.

Es un hecho cierto que el fenómeno descrito por el Dr. López afecta desde ya nuestro territorio y que su contención excede a lo nacional. También lo es que serán estériles los esfuerzos del pensamiento y de la acción individuales o de sectores aislados, mientras no se concretan en actos gubernamentales. Sólo con éstos se podrá incidir en lo internacional y no bastará tampoco la decisión de uno o varios Estados para detener, por ejemplo, la contaminación de suelos, mares y atmósfera.

Dando por sentado que existe en el país un positivo caudal de pensamiento responsable, resolví analizar en esta conferencia, como cuestión primordial, las posibilidades de su desarrollo hacia las necesarias actitudes responsables. El tema inicial era pues investigar si se dan actualmente las condiciones básicas para que dicho pensamiento se proyecte con eficiencia hacia tan importante objetivo. Pero ese "actualmente" varía aquí en forma tan vertiginosa, por la grave situación reinante, que ya resulta pública y notoria la inexistencia de tales condiciones. Sin un gobierno que responda a un sistema definido y funcione dentro de la Constitución y de la ley, con una regularidad aunque sea mínima, el pensamiento responsable queda sin plataforma natural para promover actitudes consecuentes. Queda sin el respaldo de un Estado que ofrezca garantías en el concierto mundial y carente del apoyo que deben brindarle los organismos oficiales, no sólo en cuanto a recursos, sino en cuanto a las normas y convenios legales e internacionales que sean menester.

Mantengo sin embargo el encabezamiento de esta conferencia porque al verme obligado a abandonar la hipótesis inicial, por la rapidez e intensidad de los acontecimientos, entreví la conveniencia de destacar esa imposibilidad manifiesta respecto de un problema concreto, como un claro ejemplo de la virtual paralización y confusión en que se encuentra el país.

Corresponde por consiguiente encarar el problema bajo un enfoque distinto: He de investigar las causas de nuestra decadencia inhibidora, indicando al pasar algunos remedios. A ello me concretaré, pues ir más allá demandaría varios tomos. Estos se escribirán algún día; será la historia de una época.

Debo confesar que resulta difícil concentrarse cuando aparte del ruido monótono de los frecuentes "¡Sí, juro!" y su previsto eco de aplausos y difusión de discursos plenos de promesas jamás cumplidas, se oye incesante una especie de música macabra compuesta por el detonar de instrumentos

homicidas y su réplica; por el ulular de sirenas de ambulancias y rodados policiales; por el doblar de campanas a duelo, acompañadas por las notas agudas de los ayes de dolor y las graves de la cólera y la condenación. Cuando también se oye, como un singular coro griego, desde las ventanas de todos los hogares, las cantilenas del abismo al que somos empujados y del caos en que vivimos, por el desgobierno, por la deformación de nuestro sistema constitucional, por la revelación de cuantiosas malversaciones públicas impunes, por la virtual evaporación de nuestro signo monetario, por la parálisis y ruina del potencial productivo, por la desmoralización general consiguiente.

Es al compás de ese ruido, de esa música y de ese coro trágicos, que se ha producido el insólito desfile, en el breve recorrido de tres años, de seis presidentes, cada uno con su plana mayor de ministros y secretarios y cada uno de éstos, a su vez, con sus acólitos y planificaciones fracasadas.

En todos los tiempos se han repetido los ciclos históricos de paz y guerra, orden y caos, civilización y barbarie, abundancia y miseria, fe y desesperanza. Soy por eso amigo de las citas de grandes autores de todas las épocas y enemigo de reducir las demasiado quitándoles brillo. Valiéndome de ellas, a la par que comparto su goce con mis oyentes, rindo homenaje a quienes tanto mejor describen similares situaciones vividas. Son apoyos ciertos en lo temporal, como el Verbo Divino en lo espiritual.

Y tan es así, que ahora, cuando con el ánimo tendiente a lo inmediato, debí forzar mi voluntad hacia una prudente conferencia académica con fines mediatos, fue Georges Bernanos quien me ayudó e indicó el sendero. Un Georges Bernanos que en los últimos años de su vida, entre 1946 y 1948, en momentos difíciles para Francia, confesó que dejaba de escribir novelas para decir en conferencias lo que otros debían decir pero no se atrevían, u optaban por la prudencia, que es virtud de períodos prósperos cuando estando bien a cubierto no hay porqué salir en busca de riesgos; pero cuando el riesgo viene hacia nosotros es más peligroso darle la espalda.

Identificado hoy con él, hago mías, como mejor final de esta introducción, estas frases suyas de ayer: "Me cuesta más de lo que ustedes creen el hablarles en un lenguaje que tal vez les parezca rudo. Cuando se vive y se piensa como yo, algo alejado de los demás, se experimenta con fuerza la necesidad de simpatía; su sacrificio no es el más fácil de aceptar. Pero ante la inmensa congoja de la familia humana, el mundo moderno necesita oír voces libres; por tristes que sean, son siempre liberadoras, aunque no calmantes, ni tranquilizadoras. La esperanza sólo se conquista a través de la verdad; es una virtud, una determinación heroica del alma, cuya forma más elevada es la desesperación superada y cuya consecuencia es

la energía y el coraje desesperados que el país espera de nosotros. Yo no soy dueño de las ideas que presento, ellas me mandan, estoy a su servicio; no las creo en absoluto inofensivas. No se juega con la verdad como no se juega con el fuego y por más precauciones que se tomen, el honor del que las sirve es sentir tarde o temprano su mordedura. El pensamiento libre cuesta mucho y en ciertos países ya está por las nubes: cuesta la vida”.

## II. *La desnaturalización de lo republicano.*

Aunque bien conocido, conviene comenzar por describir el medio en el cual nos desenvolvemos: sin cuestiones internas raciales ni religiosas; sin los males propios de una superpoblación; con riquezas naturales de todo tipo, bajo climas ideales, gozamos, hasta ahora, de una posición geográfica alejada de las plagas que azotaron al resto del mundo.

Si bien una parte de la población ha sido mantenida en condiciones incompatibles con lo antedicho, por insuficiencia culpable o falta de continuidad de los sucesivos gobiernos, no nos han alcanzado el Hambre, ni la Peste, con mayúscula, como en Paquistán y Etiopía. Tampoco en este convulsionado siglo hemos sido blanco de la violencia física y moral de invasiones o ataques extranjeros, como en casi toda Europa, ni hubo guerras civiles como en España, ni secesionistas como en Corea y Vietnam.

En pocas palabras, la Argentina estuvo en dicho período al margen de las profundas tragedias que otras naciones padecieron. Esto nos hizo vivir imbuídos en una milagrosa inmunidad frente a ellas y ajenos a la amenazante problemática de la geopolítica. Caro es el precio de tal dicha y largo será de pagar, como esos créditos bancarios que ilusionan con una falsa prosperidad y multiplican luego las angustias.

Llegamos así a las causas de nuestra decadencia pronunciada en los últimos cincuenta años, decadencia que provoca el asombro del mundo por la falta de motivación aparente. Es difícil clasificarlas en rubros bien deslindados, máxime ante el cúmulo de las producidas en los últimos tres años, que desembocaron en un verdadero vaciamiento institucional. Sería como pedirle a un agrónomo que fraccionara un campo lleno de yuyos, en lotes diferenciados por las distintas especies de maleza. Todo está mezclado y así como se juntan la ortiga y el hinojo, el cardo y el abrojo, se han enraizado aquí juntos los vicios de la moral y de la libertad, de lo republicano y de lo representativo. Pido se me disculpe entonces si el enunciado de los capítulos a que me obliga el necesario método, no responde exactamente a sus respectivos contenidos.

Una de las antedichas causas, de índole eminentemente moral arranca de ese privilegio circunstancial ya demostrado. No habiendo sufrido en carne propia en este siglo los gran-

des males de la humanidad, hemos podido cultivar un constante y blando conformismo. Este ha ido minando nuestras estructuras morales, políticas y económicas. En lugar de comprender que esa gracia especial no podía durar y que a su cese estaríamos inermes, porque sólo el esfuerzo sin pausa, venciendo obstáculos, mantiene y vigoriza las reservas físicas y espirituales, resolvimos regirnos por el absurdo de que "Dios es criollo". Así, tan fácil, inconsciente y suicida, como es costumbre decretar feriados, paros y los más modernos "ceses de colaboración" o "suspensión de actividades".

No voy a decir que Dios se enojó por semejante desatino y hoy nos castiga por ello. No, quizá haya sólo sonreído con cierta tristeza, al constatar que pudiéramos pensar que el Paraíso existe en la Tierra y aquí, siendo nosotros sus únicos dueños a perpetuidad; al constatar que desatendimos las prevenciones del pensamiento mundial, afligido por dos grandes guerras y sus posguerras y hasta asustado por haber inventado el medio de destruir al mundo; al constatar que tampoco nos preocupamos ante el avance de ese pulpo de la economía extremista que infecta con su sectarismo todos los sistemas de gobierno conocidos, por conceder al Estado y éste a los sindicatos, las llaves de todos los recursos y actividades; ese pulpo que nos masifica, convirtiéndonos en simples objetos carentes de esencia humana.

Nos vemos ahora aherrojados por las argucias de ese materialismo que disfraza sus fines al amparo de extrañas filosofías. Las llamadas Economía y Sociología Políticas tienen hoy más a la toma del poder que a la salud económica y social, trocándonos en el "robot" que Jacques Ellul, tres décadas atrás, definiera así: "El hombre ya no existe frente a la economía; su autonomía está desapareciendo. Se encuentra envuelta en cuerpo y alma en esa economía que representa la verdadera aparición de una nueva clase de hombre, el hombre económico, que ya no tiene prójimo, sino cosas".

Ya Prelot, en su "Ciencia Política", sostenía que el término "economía política" provocó en aquella ciencia una incertidumbre creciente, buscando desvalorizarla primero, para reemplazarla después, porque —concluía—, "la economía política de los siglos XIX y XX nada tiene ya que ver con la política, ni tampoco con la economía en el sentido etimológico del término". Prelot reforzaba su aserto recordándonos la conocida propuesta de Proudhon:

"Ponemos la organización industrial en lugar del gobierno y las fuerzas económicas en lugar de los poderes políticos".

Siendo editada en 1851, la obra que contiene esta última frase, abogando por revoluciones sociales en lugar de políticas, se advierte el largo camino recorrido por tal idea y que no fueron Engels y Marx sus únicos promotores, si bien el

primero fue quien clavó uno de los jalones más concretos, al decir en su "Profesión de fe comunista": "El proletariado necesita apoderarse del Estado, no en nombre de los intereses de la libertad, sino en nombre de la necesidad de aniquilar a los adversarios".

Urge pues el pronto regreso hacia las antiguas doctrinas del Derecho Natural, únicas que mantendrán al hombre espiritualizado y libre en un mundo que valga la pena habitar. De lo contrario, los pueblos que aún luchan por la vigencia real de los derechos individuales, irán dejando de constituir naciones independientes. Ya muchos de ellos a pesar de siglos de cultura, vieron borrarse sus fronteras tras un cerco común, cuyas guardias armadas fusilan sin juicio a quienes sólo intentan huir para vivir en libertad. Es que tras ese cerco la consigna es muy simple: "A los hombres libres: prisión o muerte; a los sumisos: esclavitud".

Se han publicado aquí, sin ser reprimidas, frases cargadas de amenazas que expresan en síntesis: "No hay alternativa; la jefe manda y el mejor enemigo es el enemigo muerto". ¿Ignorarán acaso sus autores que este último párrafo fue dicho por Lenin, cuando decidió terminar con los presos políticos?

No puedo por consiguiente dejar de referirme a ese "verticalismo" que hace al clima enrarecido en que vivimos y ocupó primeras planas periodísticas a todo el largo del año. Las discusiones y enfrentamientos, dentro y fuera del gobierno, a propósito de la verticalidad y de la investigación de las malversaciones descubiertas, han distraído y distraen en forma permanente al Poder Ejecutivo y al Congreso, trabando su labor específica.

Lamentablemente ello no ha sido un simple discurrir sobre métodos, sino ha significado demorar el cumplimiento de uno de los requisitos esenciales del sistema republicano, cual es el juicio de responsabilidad de los funcionarios públicos, y crear confusión sobre otro: la división de poderes.

En efecto, cualquiera fuere la reglamentación especial que existiese al respecto, no se discute que por vía ministerial nacional y comunal local, se entregaron cuantiosísimas sumas y valiosísimos terrenos, más grandes importes a cuenta de hipotecas oficiales sobre estos últimos, a una llamada Cruzada de Solidaridad Justicialista que funcionaba como sociedad irregular y era en realidad un apéndice del partido político oficialista, pues su cabeza dirigente, denominación y sede coincidían. Tampoco se discute que sin control oficial alguno se produjeron libramientos de dichos fondos.

Ambos hechos concretos, fueran o no subjetivamente honestos, constituyen gravísima irregularidad formal institucional, cuya sola denuncia obligaba a los funcionarios invo-

lucrados en ella, sin distinción de jerarquías, a un inmediato informe a la opinión pública, y, de "motu-propio", a suspender el ejercicio de sus respectivos cargos y someterse al juicio político que la Cámara de Diputados debió iniciar de inmediato. Tanto en el Poder Ejecutivo, como en el Legislativo, existen abogados que saben cuándo se configura una irregularidad institucional y cuándo ésta es de carácter formal. La circunstancia de que en los largos meses que han pasado, el referido apéndice del partido oficialista haya cambiado algunas autoridades y su sede, borrando el aditamento que lo identificaba y poniendo recién sus libros a disposición de la justicia, lejos de variar tales hechos concretos, los confirman, pues implica un reconocimiento de que la situación anterior era marcadamente incorrecta.

Si mandasen omnímodamente los jefes de partidos o gobiernos con predominio gremial, ello no sería republicano y nos expondría a tener que soportar órdenes como aquella tan famosa que dictara desde Moscú la dirección del Partido Comunista en estos términos: "Los jefes deben saber paralizar las desviaciones peligrosas y malsanas y hacer prevalecer con energía y prontitud la verdadera conciencia proletaria sobre la conciencia perturbada de los proletarios". El ejemplo de lo ocurrido aquí recientemente con cierto gobernador de provincia, por disentir públicamente con la cúpula del poder político y sindical, es bastante sintomático.

Suelo preguntar a los adictos a aquella "verdadera conciencia proletaria": ¿Quién la ha declarado verdadera? ¿Quién es el intérprete de esa falsa entelequía?

La respuesta es siempre: ¡El pueblo! Pero ¿no es que el pueblo debe obedecer sumiso a sus jefes? Nunca han podido explicarme esta contradicción, ni podrán hacerlo, porque es un típico e innegable círculo vicioso.

Se trata del gran engaño que sólo favorece a un grupo de audaces que constituye la "nueva clase", así denominada por Djilas, el ex-jefe comunista, harto y asqueado de probarla, nueva clase que actúa bajo esta otra consigna que bien se cuida de pronunciar: "El pueblo libre ha muerto; ¡vivan sus jerarcas!"

Termino con la exposición de esta primera causa leyéndoles breve parte de una conferencia dicha en Ginebra en 1946, que explica el origen de uno de los principales medios utilizados para promover masificaciones y para los crímenes de nuestra diaria crónica de violencia. Se dijo allí: "No iba a salir de los bajos fondos el hombre de la ametralladora, el ave de rapiña, sino de los sistemas de filosofía. A una señal de su dueño ese hombre dispara contra cualquiera. Ese instrumento de precisión, cuya conciencia es tan fácil de manejar como el mecanismo aceitado de su arma, no se parece en

nada a los andrajosos insurrectos de los arrabales. No lo impulsa el hambre ni la sed. No mata en nombre de la justicia. Para que aparecieran tales seres en el mundo, no habría bastado con un mundo injusto; era menester que la noción de lo justo y de lo injusto estuviera profundamente degradada en él y tal degradación era cosa de los intelectuales”.

Fue Bernanos quien lo dijo, con palabras tan claras y de tal actualidad, que antes que omitirlas preferí ser reiterativo.

Una segunda causa moral de nuestra decadencia está en el ejemplo pernicioso y desalentador que ofrece esa parte de la población inmersa en los “intereses mezquinos, vanidades inútiles, pasiones incontroladas e ideologías trasnochadas” que mencionara Mario Justo López. Es una parte minoritaria libertina, alentada por la demagogia, que se lanza al fácil abordaje de la función pública y de sus inmerecidas prebendas, con rápidos enriquecimientos ilícitos rara vez sancionados.

Su efecto más dañoso se advierte en la perversión de la juventud. Ya Platón, en sus “Diálogos sobre la retórica”, hacía decir a Sócrates respondiendo a Calicles: “Si alguno de los jóvenes se preguntara: ¿de qué modo llegaré a ser muy poderoso y que nadie cometa injusticia contra mí?, éste según parece sería el camino para él: acostumbrarse desde muy joven a apreciar y aborrecer las mismas cosas que el amo y prepararse para ser lo más parecido a él. ¿Pero habrá logrado también no cometer injusticia, ya que ha de ser semejante al que manda, que es injusto, y ha de tener gran influencia con él? Yo creo sin embargo, todo lo contrario: que estará preparado para cometer el mayor número de injusticias que le sea posible y cometerlas sin recibir pena alguna, tocándole entonces el mayor de los males, pues será perverso y sucio de espíritu por la imitación de su señor y del poder. Y ese que imita dará muerte, si quiere, a quien no imite”. Platón no conoció la ametralladora, pero sí conoció al mismo tipo de hombre que encontró Bernanos convertido en su accesorio, a punto tal que creía más exacto decir: “una ametralladora con hombre” que “un hombre con ametralladora”.

El fácil abordaje a los altos cargos públicos ha causado por otro lado la pérdida de la autoridad que ellos significaban por su investidura misma y despertado las apetencias de cualquier individuo para cualquier puesto, bastando para obtenerlo el apoyo desde la cúspide; pero como también es necesario este apoyo para el mantenimiento del cargo, surge en reciprocidad la lacra de la obsecuencia.

Esto nos ha deparado funcionarios extremadamente perjudiciales, aparte de los inculpados por delitos, y hasta quienes dieron margen para el comentario cómico, algunos de



ellos desde el mismo acto en que asumían, contribuyendo, aún más, a la precitada pérdida de autoridad intrínseca de las respectivas funciones.

Se produjeron así numerosas medidas incoherentes e imprevisibles, tan rápidamente destructoras, como las consecuencias de la repentina rotura de un dique en zona poblada. Y continúan los constantes aumentos de salarios y sueldos, siguiendo torpemente al incremento de los precios, como único paliativo aparente de la inflación. En una conferencia en Lima, oí una reflexión del entonces legislador chileno Raúl Marín: "Si la solución frente a una inflación, consistiera en aumentar los salarios cada vez que suben los precios, ¿qué gobernante sería tan torpe y tan malo, que así no lo hiciese? Y si tan sencillo fuere el remedio, ¿qué problema significaría la inflación para la absoluta normalidad de un gobierno?"

El ejemplo de Chile debe tenerse muy presente, por ser prueba del desastre que provocan ciertas voces de sirenas y los pactos políticos con falseados partidos democráticos. Es importante pues el testimonio de Valentín Brandau, otro destacado chileno: "Los nuevos demagogos recientemente aparecidos entre nosotros y cuya acción se agrega a la de los partidos que han creado nuestro presente, al amparo del cual viven, disfrutan y prosperan, disfrazados de amor a las clases populares, no ven, naturalmente, las más obvias evidencias de la realidad, ni las claras y simples nociones que tales evidencias sugieren: El buen sentido y la experiencia enseñan que es una indigna, desquiciadora e inconducente política la que se resuelve en mentir constantemente al pueblo haciéndole creer que su suerte es cosa independiente de sus propios esfuerzos, y que ella depende —toda otra causa excluida— del «capital» o del Estado. Centenares o millares de veces le repiten que la clase que ellos califican de «desvalida», es algo así como la parte equivalente al todo; que la creación de riqueza se debe a su trabajo manual exclusivamente y que las otras clases —la de los inventores, la de los técnicos, la de los organizadores, la de los que aportan sus capitales, sus capacidades directivas, sus experiencias—, no cuentan sino en cuanto agregaciones de egoísmo y de opresiones, todo de acuerdo con los cánones del comunismo marxista".

### III. *La desnaturalización de la representatividad.*

La falta de representatividad real de la ciudadanía es la tercera causa determinante de nuestra decadencia. Ella fue la que nos trajo pésimos gobiernos, impidiéndonos vivir bajo un verdadero sistema republicano.

San Martín, en su carta a Guido del 6 de enero de 1827, manifestaba: "Por inclinación y principios amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo, pero mi afección parti-

cular no me ha impedido ver que este género de gobierno no era realizable en la antigua América Española, porque carece de todos los principios que lo constituyen y porque tendría que sufrir una espantosa anarquía, que sería lo de menos si se consiguiesen los resultados; pero la experiencia de los siglos nos demuestra que sus consecuencias son las de caer bajo el yugo de un déspota. Traslado al tiempo”.

Recoger tan tajante traslado, tras un término de casi ciento cincuenta años, impresiona hondo a quienes habiendo sido formados como republicanos y sintiéndonos tales, vemos repetirse los efectos de esa sentencia, y más aún cuando oímos decir a la juventud argentina, una de las mejores juventudes que en el mundo existen, que le produce náuseas el transcurrir político de los últimos años, calificándolo como “partidocracia”. Y no se equivoca, pues cuando el régimen de gobierno resulta ser el gobierno del pueblo por los jerarcas de un movimiento o partido y no por sus representantes, ese movimiento o partido puede ser también el déspota que nuestro prócer vaticinara.

Una de las ventajas que adquiere quien ha vivido bastantes años, es la de no poder ser engañado con meros discursos o fraseologías tendenciosas. Tenía yo dieciocho años, cuando concluyendo agosto de 1930, Yrigoyen, ya muy disminuido, era sólo un presidente nominal; tan no gobernaba ni se lo veía, que no faltaban quienes lo creyeran muerto. Tampoco los legisladores ejercían sus funciones, pues se esperaba desde el 1º de Mayo que el Presidente cumpliera su deber de inaugurar el período ordinario del Congreso Nacional. Clara prueba de lo antedicho es que en 1930 no se dictó ley alguna. No habiendo por tanto funcionamiento ni división de los poderes legítimos y siendo público y notorio que un grupo oficialista gobernaba a su arbitrio desde la Casa Rosada, estábamos sin lugar a dudas en una incipiente “partidocracia”.

No existía remedio constitucional contra estas flagrantes violaciones del sistema republicano. El juicio político era impracticable según casi unánime doctrina que sostiene que el Congreso no puede autoconvocarse, y vencido setiembre, ya no habría sesiones en ese año; pero además, aunque se hubiere estado a mi opinión en contra para ese solo caso, la mayoría oficialista rechazaría dicho juicio.

Tras el corto gobierno revolucionario que derrocó al régimen descripto, vino cierto período de relativa tranquilidad institucional, hasta que Castillo, reemplazante de Ortiz, anunció que iba a gobernar con la “unanimidad de uno”. Nueva revolución y nueva elección con el triunfo de Perón, mediante un nuevo partido que él mismo preparara desde el gobierno militar. Fue su base una escisión del radicalismo, la cual arrastró gran parte de la tendencia irigoyenista antes derrocada.

Nueva "partidocracia", que por ser real y no incipiente como la de 1930, se trocó en la segunda tiranía. Se confirmó así aquel aserto de Aristóteles en el sentido de que, cuando el demagogo es a la vez militar, surge fatalmente el tirano. Debo agregar, porque es justicia, que jamás el tirano aparece por generación espontánea. Lo padecimos porque habiéndose acumulado tantos errores políticos, gubernamentales y en particular sociales, se dio el clima para tal engendro.

Nueva revolución y nueva elección, reclamada por los políticos como el retorno a la normalidad, resultando siempre, como lo veremos, volver a lo anormal. Triunfa Frondizi con un nuevo movimiento, segunda escisión del radicalismo, pero con los votos sumados del "peronismo". Evidenciado el pacto previo encubierto y reabiertas las compuertas para el retorno de la "partidocracia" tiránica antes derrocada, nueva revolución y nueva elección.

Es electo entonces Illia, con el viejo Partido Radical, con tal minoría de votos, por vigencia de proscripciones, que al negarse a aceptar el ofrecido y necesario concurso de otras fuerzas, se produce una nueva revolución. Esta vez el nuevo acto electoral es increíblemente decretado con plena conciencia de que se jugaba al azar el destino de los argentinos, en condiciones de evidente desventaja para la salud de la ciudadanía.

Es así que triunfa con Cámpora, uno de los ad-láteres de su fundador, aquella misma "partidocracia" que antes pecara de despótica. Ahora, falta de su líder, recurre al ya referido "verticalismo".

No hay duda pues; fue el mal accionar de los representantes de falseados o insuficientes partidos políticos, el factor desencadenante de las revoluciones de los últimos cuarenta y cinco años. No voy a promover desde aquí un tribunal de Nüremberg para la mayoría de los dirigentes de ese período, ni alcanzaría el tiempo para enunciar los fundamentos de mis escuetas afirmaciones, cuya verdad por otra parte nadie ignora. Se prefiere callar para no lastimar a quienes, con los restos de los viejos partidos no oficialistas, parecen ser los únicos salvavidas a la vista. Desgraciadamente ya no son tales, como no lo son, en esos viejos barcos que ayer parecían grandes y hoy vemos pequeños, esos salvavidas obsoletos, con su corcho reseco, aunque muy brillantes. Porque en las actuales circunstancias, en esos viejos políticos que aún luchan, y, ¿por qué no?, en algunos jóvenes, yace también reseca su fe en tan fallido sistema electoral. Es por orgullo explicable o por caridad hacia nosotros, que se resisten a admitirlo. Aclaro que me estoy refiriendo a los políticos honestos, porque los otros siguen la corriente, conscientes de su ineficiencia, sólo por las ventajas personales que de ella extraen. En cuanto a los oficialistas actuales, el análisis de la

descomposición que estamos viviendo, será suficiente para el juicio de su responsabilidad ante la historia.

Veinte años atrás, al resolver como juez electoral una de las tantas subdivisiones partidarias —se trataba del Partido Conservador—, juzgué oportuno advertir al poder militar entonces a cargo del gobierno, sobre algo muy evidente que hacía al caso y al porvenir de la Nación: Mientras las revoluciones se limiten a eliminar los frutos enfermos de árboles enfermos, estos seguirán produciendo los mismos frutos y continuarán las revoluciones. No me equivoqué; es un repetir constante; una noria en la cual giramos ciegos alrededor del mismo punto, hundiéndonos en la misma huella,

Vimos ya que después de mi advertencia en el referido fallo tres distintos partidos conquistaron el poder, dos de ellos con la misma infección y el otro falto de apoyo electoral. Tres nuevas revoluciones militares les habían franqueado el paso, demostrando no haber tenido la intención de perdurar en el gobierno. Estas reiteradas actitudes de las fuerzas armadas certifican el acierto de Burdeau, quien llama a tales revoluciones “sanciones no organizadas”.

Es que nuestra política sufre la herencia personalista del caudillismo, como lo demuestra la fragmentación del radicalismo. La llamada “balcanización” de los partidos ha alcanzado a todos. Poco queda del Partido Socialista, aquel que durante largos años obtuviera las dos senadurías por la Capital Federal por la fe que inspiraba la integridad y capacidad de sus representantes, implacables controladores de la gestión pública. Con los desprendimientos de ese socialismo tradicional, en el que aún siguen dos de sus paladines que honran a esta Academia, se formó una serie de pequeños partidos. También se subdividió el Partido Conservador y otro tanto ocurrió con los nuevos apenas formados, como el Demócrata Cristiano y el Federal. Son sugestivos, como índice de la desorientación actual, los aditamentos de moda para los escindidos: “revolucionarios”, “intransigentes”, “populares” o “auténticos”.

Lo que favorece la subsistencia de ese personalismo desintegrante, es la acción decisiva del comité en la designación de candidatos electorales, a pesar de que este no atrae al ciudadano argentino, quien se resiste a someterse a él. Así lo indica el simple cotejo de las cifras totales de afiliados partidarios, con las correspondientes del padrón nacional. Y la “partidocracia” subsiste pues la ciudadanía ya no elige, sino opta, al verse obligada a aceptar la selección hecha por la voluntad del conjunto de dirigentes de esos comités. No estoy en contra de éstos viejos baluartes de la vida cívica, sólo sostengo que no deben continuar siendo los inapelables rectores de la representatividad.

Se podrá decir que los ciudadanos no concurren a ellos, pudiendo y debiendo hacerlo, argumento este que usan los dirigentes para tildar de "apolíticos" a los no afiliados. Si bien es exacto que los comités ofrecen libre acceso, también lo es que las normas deben ajustarse a la idiosincrasia media de la población sobre la que ha de regir, por cuya razón, si se advierte que una norma no concuerda con la modalidad de la ciudadanía, debe cesar y ser reajustada a ella, en lugar de seguir sumando errores. No hay pues, ni es verosímil creerlo, tal carencia de sensibilidad política en la mayoría de la ciudadanía.

Seguir imponiendo un régimen que esa mayoría rechaza, sería estar a la doctrina de Kelsen, la cual, por ser contraria al Derecho Natural, admite la discrepancia entre el orden normativo y el dominio del acontecer efectivo. Coincido por tanto con Sánchez Agesta, quien en su "Curso de Derecho Constitucional", al afirmar la necesidad de adecuar la constitución política al ser de un pueblo, explica acertadamente: "Un poder realmente incompatible con la sociedad que rige, será frágil e inoperante. Los factores reales de poder están determinados por la constitución social de un pueblo".

Los dirigentes de los comités no deben pues continuar siendo por vida los dueños de la representatividad a través de un grupo de afiliados. La totalidad de los simpatizantes de cada partido debe periódicamente elegir a quienes lo dirigirán y, en lo posible, a quienes serán sus candidatos. Así esos dirigentes serán constantemente controlados, y hasta sustituidos cuando acusaran desmedidas ambiciones personales o se apartaran de las plataformas respectivas. Recién entonces podrá decirse que los electores eligen.

Es notable igualmente la falta de limitaciones legales respecto de los que eligen y de los que son elegibles, cuando ellas rigen sin resitencia para las más diversas y menores funciones no representativas. Este aspecto merece un estudio particular que aquí no puedo realizar, pero si cabe decir que es para lo electoral, lo más importante, que se da el absurdo contrasentido del tan meneado mito del voto "universal", par de palabras que nada significa. ¿Cómo era que se respetaba el voto "universal" cuando no votaban las mujeres? ¿Cómo es "universal" el voto si no votan los menores de cierta edad y tampoco el resto de excluibles y excluidos de la ley electoral? ¿Por qué no podría regir entonces, valga un ejemplo, otra excepción que prive del voto a los analfabetos y del derecho a ser elegidos, mientras permanezcan voluntariamente en violación a la ley de enseñanza primaria obligatoria? Advuértase que el Estado, por la obvia necesidad de que el ciudadano sea instruido, ha mantenido siempre escuelas especiales para adultos.

#### IV. *La desnaturalización del gremialismo*

Una cuarta causa de nuestra decadencia es la peor y última alteración constitucional que citaré. Lo hago por separado, aunque hace a lo republicano y a lo representativo ya referido, para describir mejor el accionar político-gubernativo en su ensamble con sindicatos únicos obligatorios descarriados de su función específica. A raíz de ello estamos hoy sufriendo la coparticipación preponderante de dirigentes gremiales en los actos de los poderes Ejecutivo y Legislativo, mientras a la vez, cuando se les ocurre conveniente, presionan al gobierno desde sus organizaciones obreras con medidas de fuerza que han llegado a derrotarlo lisa y llanamente. Esto ha originado una crisis política, institucional y económica cuyos efectos, aun no definidos, no han podido hasta ahora ser más perniciosos.

Es muy ilustrativo sobre este absurdo un reciente artículo de Bonifacio del Carril, titulado "Sindicalismo y Política". Se refiere a la "Carta a un sindicalista", escrita por André Bergerón, secretario general de la "C.G.T.-Force Ouvriere" de Francia, explicando que su organización propició el voto negativo en el "referendum" de 1969, porque su aprobación hubiera llevado a los militantes sindicalistas a integrar el Senado junto con los políticos. "Entonces —dice Bergerón— el sindicalismo habría sido arrastrado hacia la vía peligrosa de su incorporación al aparato del Estado y hacia la politización. Jamás «C.G.T.-Force Ouvriere» se ha comprometido, ni participado en elecciones legislativas o presidenciales. En el «referendum» de 1969, cuyo rechazo motivó la renuncia de De Gaulle, era la independencia del movimiento sindical lo que estaba en juego".

Del Carril concluye su comentario con esta reflexión: "Cuando un dirigente sindical pide mil y el gobierno le da seiscientos, el dirigente sindical podrá o no conformarse. Pero cuando ese mismo dirigente sindical participa personalmente en las funciones de gobierno, asiste a las reuniones del gabinete nacional, por ejemplo, abandona de hecho la misión de pedir y asume en cambio la de dar. Las consecuencias son inevitables: el dirigente no puede dar todo lo que de él esperan las llamadas bases; el círculo de hierro que lo apreta se estrecha cada vez más; las puertas de la demagogia y la inflación son su única salida".

Quizá buscando esta "única salida" que del Carril señala, el máximo dirigente sindical de la C.G.T. nacional, interrogado por los periodistas sobre la necesidad de reducir el ausentismo y aumentar la productividad, osó contestar: "la mayor producción no tiene por qué significar un mayor esfuerzo obrero, sino que se deberá primero modernizar o expandir las fábricas". ¿Con qué recursos, estando el país carente de divisas y la parte patronal pidiendo créditos para pagar salarios, puede ese dirigente creer con sinceridad que es

viable renovar y expandir el parque industrial? ¿Provocando quiebras para estatizar más empresas con giro de sus pérdidas presentes y futuras al presupuesto nacional? ¿Aumentando así su déficit en monstruosa progresión ascendente y condenando a la población a una miseria irreparable? Tan sorprendente respuesta sólo ayuda a quienes propician el caos como medio ideal par el logro de sus conocidos aunque encubiertos objetivos.

La realidad es que la clase obrera argentina no pudo escapar al virus del personalismo político. Este la usó para lograr afirmarse en el gobierno o para evitar su caída, contagiando a sus dirigentes las tentaciones del poder. Aquellos que viven en la avidez de los atributos y prebendas que el poder implica, no son ya recuperables para lo sindical específico. Convertidos en accesorios ilegítimos del engranaje gobernante, no sólo lo desajustan y aprisionan hasta quebrarlo, sino que al hacerlo sufren ellos la deformación consiguiente.

Aunque para salvar las formas el conjunto de los sindicatos únicos y obligatorios presenta dos organizaciones aparentemente separadas, gremial una y política la otra, tal conjunción de sindicatos constituye ya un partido paralelo del oficialista. Es más fuerte que éste y que ningún otro, pues se ha conferido a sus dirigentes un fuero sindical aberrante en una república y siendo ya poderoso en lo económico, recibe del gobierno periódicas y cuantiosas sumas, aparte de una editorial íntegramente financiada por el Estado, todo ello sin mayor oportunidad de control por la vaguedad de las causales invocadas para tan injustificable generosidad. Generosidad que también ocurrió, como ya vimos, con el apéndice del partido oficial denominado "Cruzada de Solidaridad Justicialista", cuya intervención fue denunciada en las instancias previas a la última elección en Misiones.

Es así que las fuerzas obreras, conscientemente o no, avanzan hacia una tiranía del proletariado por un camino que nunca pudo pensarse viable en un país libre y menos en un país regido por una Constitución como la nuestra.

La posibilidad pues de que en los próximos actos electorales, los partidos tradicionales logren competir en igualdad de condiciones frente al oficialismo unido al gremialismo politizado, queda anulada por las ventajas y generosidades antedichas, aparte de que tal competencia electoral clasista y no política es inconstitucional a todas luces.

La participación de los representantes de sindicatos únicos en todos los órdenes del poder de gobierno, reservándose actuar con independencia sólo para imponer su voluntad desde sus bases en caso de discrepancia, impide el dictado de medidas capaces de contener aquel avance dictatorial.

Por último, la presión reiterada e impune de grupos ar-

mados en establecimientos de distintos ramos, grupos cuya acertada calificación ha sido ya dada en el sentido de que son verdaderos soviets, barre con todas las normas de conducción eficiente de las empresas e industrias existentes y con todo aliciente para la fundación de nuevas plantas.

Es imprescindible volver, antes de que sea tarde, a una vida sindical sana, con libre agremiación, que transcurra al margen de los partidos políticos. Alberto Benegas Lynch, en una conferencia sobre los factores vitales del bienestar social, decía: "Son libres los sindicatos cuyo funcionamiento excluye todo género de compulsión, no sólo respecto a la conducta de los asociados y dirigentes dentro del sindicato, sino en cuanto a sus actos en relación con los demás sectores de la comunidad".

Creo por mi parte que debe ser factible tal rectificación de rumbo, pues hubo autenticidad en muchos de los obreros que murieron víctimas de salvajes atentados y la hay todavía en más que ansían su independencia y bregan contra la desesperanza, despreciando las ventajas y privilegios con que otros cuentan.

Tantos holocaustos y afanes de los militantes gremiales, elementos útiles e indispensables de una nación, traen a mi memoria uno de los mejores trozos de Saint-Exupery, quien sabiendo mucho de luchas y caravanas en el desierto decía: "Los camelleros cuando se extravían, caen en esas trampas que jamás ha devuelto su bien; no la reconocen en un comienzo y arrastran por ella, como una sombra al sol, el fantasma de su presencia. Pegados a la viscosidad de la luz, creen marchar. Yendo hacia un pozo que no existe, se regocijan con la frescura del crepúsculo, cuando en adelante no será más que inútil prórroga".

## V. *Conclusión*

No se trata pues, repito, de que la imposibilidad de proyectar actitudes responsables obedezca exclusivamente a la carencia de un gobierno apto, prestigioso y coherente. Lo más grave es advertir la desorientación general y la pérdida de fe en las instituciones, por resultar estas incapaces de auto-defensa frente a tantos actos lesivos que han esfumado un progreso ya logrado y un prestigio antes reconocido.

Deben rectificarse los serios defectos normativos que impiden una auténtica representatividad y detenerse con urgencia la asfixiante preponderancia de lo gremial sobre lo político, que viene operando con desprecio de elementales axiomas económicos. Esta ha ido constituyendo una trama o estructura consolidante, a la par que deformante, del régimen de gobierno vigente, para plasmarlo conforme a sus particulares objetivos.



Es utópico creer entonces que tal trama o estructura ha de caer por sí sola como simple consecuencia de la acumulación de errores. En lugar de caer, ha de terminar, pero ello ocurrirá, en mi opinión, cuando alcance tal forma que ya signifique el irreversible cese del sistema republicano.

Si no se detiene pues a tiempo esa preponderancia gremial clasista sobre lo político esencial, hemos de ver cumplida aquí esta otra conocida sentencia de Aristóteles, dada más de trescientos años antes de Cristo: "El gobierno puede cambiar de forma sencillamente porque alguna magistratura o alguna clase del Estado reciba exagerados honores. Una vez la ley pierde su soberanía, surge una multitud de demagogos; entonces el pueblo es como un monarca de mil cabezas; sacudido el yugo de la ley, se hace déspota y como todos los déspotas escucha la lisonja de los aduladores".

No soy, ni me agrada, ser agorero de desgracias; sólo señalo hechos y sus posibles consecuencias. Desde los dieciocho años que mencioné, debí investigar y lo he seguido haciendo en la justicia, en la universidad, en la abogacía, y en mi insaciable afán de leer todo lo que hace a la vida humana y al espíritu, a la historia, al derecho y a la organización de los Estados. Podré equivocarme en detalles, pero no en lo principal, aunque lo deseo, pues se trata de hechos innegables, cuyos efectos son computados a la luz de "esa experiencia de los siglos" a que aludía San Martín.

Las causas expuestas de nuestra decadencia —sólo algunas—, fueron la lana y las agujas con que se tejió el hábito paralizante que fue arruinando al país. Hoy el pueblo se ve, estupefacto, como pasajero de esos vagones que se cortan de trenes en ascenso, retrocediendo pendiente abajo a incontrolable velocidad hacia el fatal desastre. Es que, como afirmaba Peguy.: "el hábito no es solamente la rutina, el automatismo psíquico; son también su consecuencia el empobrecimiento y la insensibilidad. Un alma habituada, anquilosada en su tranquila convicción de que nada ha de suceder, de que todo será igual, está perdida, ninguna grandeza la alcanzará jamás".

Recién despierta de su anestesia la mayoría pacífica y conformista. Se ve rodeada de inseguridad y enfrentada, esta vez en serio, a la desocupación, al hambre y a la pérdida de los pocos bienes que a duras penas logra conservar. Constata como un lejano ayer, el desvanecimiento de un presente que gozaba de ese futuro que entrevía. Comprendiendo que ha sido defraudada, comienza a rechazar tanta propaganda vana y siente la necesidad de creer en algo, así como el cristiano siente la nostalgia de Dios, que tan bien describe Van der Meer. Busca entonces volver a las fuentes de la verdad y la moral, para saciar en ellas la sed de su espíritu y comienza recién a oír, porque hasta ahora se había negado a escuchar.

Ansío que se produzca una resurgimiento de las virtudes personales y cívicas de la población en general, resurgimiento cuyo impulso debe partir de arriba hacia abajo, porque sólo con la acción y el ejemplo de las altas esferas de conducción, esa población se sentirá a salvo de tantos engaños y perjuicios y podrá reconstruir su fe en el porvenir. Sólo con esa acción de arriba hacia abajo podrán encauzarse las medidas tendientes a la urgente restauración social, sobre la base de la recuperación individual. Estrada enseñaba diciendo: "un pueblo democrático no es un mecanismo, sino un organismo que se desarrolla y vive. Por eso es necesario —terminaba— que él mismo se proteja".

Si bien la importancia del tema me impulsa a profundizarlo aún más, la natural extensión de una conferencia me lo impide. Pero si he logrado interesarlos, esa profundización la proseguirán ustedes y quizá ayude a acortar tan larga noche y nos permita asistir a un nuevo amanecer de la Argentina.

Que así sea.